



Solemnidad del Corpus Christi

10 Junio 2007

Celebramos hoy, con la mayor solemnidad, el mismo misterio Eucarístico que actualizamos cada día como memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo. En cada Eucaristía, el Señor se entrega como sacrificio redentor para el perdón de los pecados y como sacramento del Cuerpo de Cristo, que se nos reparte para ser comido como Pan de la Vida y ser adorado con amor y gratitud.

Sin embargo, en esta Solemnidad del Corpus Christi se pone de relieve en mayor medida el misterio de la presencia real de Cristo en el Pan y en el Vino, consagrados por el Espíritu Santo como sacramento de su Cuerpo y de Sangre. Esta relevancia mayor de la presencia real se manifiesta en la Procesión del Sacramento del Cuerpo de Cristo por las calles de las ciudades y pueblos, para ser adorado públicamente por los fieles.

Por su propia naturaleza, la celebración de la Eucaristía, Sacramento de la Caridad, lleva consigo el recuerdo del mandato del amor: “*Amaos unos a otros como yo os he amado*” (Jn 13, 34); y de la imitación de Jesús en el servicio de lavar los pies: “*Si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis*” (Jn 13, 15). Por ello, la Iglesia en España ha establecido en la fiesta del Corpus el Día de Caridad y nos invita a colaborar con Cáritas en su servicio de amor a los más necesitados.

Hemos escuchado en la primera lectura cómo Melquisedec, rey de Jerusalén y sacerdote del Dios Altísimo, presentó a Abrahán y a su séquito un obsequio de pan y vino y bendijo al patriarca en nombre de Dios. Y en el salmo responsorial hemos repetido el verso: “*Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec*”, tomado del salmo 109, en el que se había expresado una profecía del Mesías como rey y sacerdote. El sacerdocio eterno de Melquisedec será la semejanza que desarrolla de forma explícita la carta a los Hebreos cuando trata del significado del sacerdocio de Cristo. Esta carta no hace mención del pan y del vino, sino únicamente de la bendición de Melquisedec a Abrahán, y explica la semejanza del sacerdocio de ambos en razón de la permanencia de su sacerdocio “*para siempre*”. En efecto, de Melquisedec dice la carta a los Hebreos que “*se presenta sin padre, ni madre, ni antepasados; no se conoce el comienzo ni el fin de su vida, y así, a semejanza el Hijo de Dios, es sacerdote para siempre*” (Heb 7, 3).

Esta interpretación de la carta a los Hebreos no impidió que la referencia a Melquisedec permaneciera unida al gesto de su ofrecimiento de pan y vino. Ya desde el comienzo del siglo tercero los escritores eclesiásticos vieron en esa acción un símbolo y figura de la futura eucaristía. Y, en consecuencia, en la plegaria eucarística de la Iglesia de Roma, se introdujo la referencia “*a la oblación pura de tu sumo sacerdote*



Melquisedec” como figura precedente del sacrificio de Cristo. Por esta significación se lee el texto sobre Melquisedec en la liturgia de la Palabra de la fiesta del Corpus.

La segunda lectura ha presentado el relato de Pablo sobre la institución de la eucaristía. Es oportuno resaltar que este relato va precedido de una severa advertencia sobre las exigencias que comporta la celebración de la eucaristía: *“cuando os reunís en asamblea, ya no es para comer la cena del Señor, pues cada cual empieza comiendo su propia cena, y así resulta que, mientras uno pasa hambre, otro se emborracha”* (1 Co 11, 20-21). La falta de amor entre algunos cristianos de Corinto significaba que no celebraban dignamente la cena del Señor.

Para el apóstol Pablo, el pan y el vino eucarísticos son de forma tan real el Cuerpo y la sangre de Cristo que *“quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, se hace culpable de profanar el cuerpo y la sangre del Señor”* y *“come y bebe su propio castigo”*. Y la misma fe del Apóstol se manifiesta cuando expone el efecto transformador de la comunión en la vida de los fieles: *“El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no nos hace entrar en comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos hace entrar en comunión con el cuerpo de Cristo? Pues si el pan es uno sólo y todos participamos de ese único pan, todos formamos un solo cuerpo”* (1 Co 10, 16-17).

Por otra parte, hay una clara correspondencia entre las palabras de Jesús: *“Esto es mi cuerpo... Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto en memoria mía”* y la declaración: *“Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.”*

Comer el pan y beber el cáliz es proclamar la muerte del Señor en su memoria sólo porque el pan y el cáliz son realmente el cuerpo y la sangre de Cristo. La presencia sacramental de Cristo es condición necesaria para que “esto” que hacemos en su memoria sea actualización real de su muerte.

También la enseñanza del Evangelio de Juan nos orienta en la misma dirección. Jesús dice: *“Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come este pan, vivirá siempre. Y el pan que yo daré es mi carne. Yo la doy para la vida del mundo”* (Jn 6, 51). Tras estas afirmaciones, los oyentes de Jesús están absolutamente escandalizados: *“¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”* (Jn 6, 52). Semejante discurso les parece intolerable; por eso murmuran, se escandalizan y muchos se marchan.

El escándalo ha continuado durante toda la historia de la Iglesia y continúa también hasta la fecha. Una y otra vez se intenta interpretar de manera meramente figurada y puramente simbólica las palabras que Jesús pronunció en el cenáculo: *“éste es mi cuerpo”, “ésta es mi sangre”* (Mc 14,22s y par); pero no se puede obviar que tales palabras no dicen “esto representa mi cuerpo”, sino: *“éste es mi cuerpo”*. Por supuesto, en la eucaristía no se trata del cuerpo y la sangre terrenales, sensorialmente perceptibles, de Jesucristo. En éste sentido, la gente de Cafarnaún interpretó de manera



equivocada a Jesús. Frente a ambos malentendidos, la doctrina de la Iglesia insiste en una concepción sacramental de la eucaristía. Lo que uno puede palpar, ver y gustar exteriormente no es sino pan y vino; pero la realidad verdadera y oculta a nuestros sentidos (lo que la Edad Media denominaba “substancia”) no es ya el pan y el vino, sino el cuerpo y la sangre de Cristo. Las especies sensorialmente perceptibles del pan y el vino se convierten así en signos llenos de realidad, en símbolos reales de una nueva realidad, a saber, la del Señor crucificado, resucitado y elevado a la gloria del Padre. En este sentido sacramental, las palabras de Jesús “*ésto es mi cuerpo*” y “*ésta es mi sangre*” han de ser entendidas de forma real; en este sentido sacramental, se habla de presencia real, esto es, de presencia verdadera, efectiva y esencial de Jesucristo bajo las especies del pan y del vino.” (cf. W. Kasper, Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia pag. 42-44).

De esta manera sacramental Jesús nos da su cuerpo para ser comido: “*tomad y comed*”, dice en la última cena (Mt 26, 26). Y en la sinagoga de Cafarnaún asegura: “*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna... vive en mí y yo en él*” (Jn 6, 54.56). En la comunión, Jesucristo viene a nuestro interior para ser él en nosotros y que nosotros seamos en él. Así se alcanza la comunidad y unión personal más íntima posible con Jesucristo: hacernos uno con él, transformarnos en un cuerpo y una sangre con él y ser portadores de Cristo. Y esta comunión eucarística con Cristo resucitado desborda la barrera de la muerte, es anticipo de la comunión celestial con él y prenda de la gloria futura.

“*Dadles vosotros de comer*”. Estas palabras de Jesús suenan para los discípulos como una orden imposible de cumplir. Están en descampado y sólo tienen cinco panes y dos peces para cinco mil personas. Lo único razonable parecía la propuesta de los apóstoles: “*Despide a la gente; que vayan a... buscar alojamiento y comida*”. Pero Jesús no despide a quienes buscan en él los signos del reino de Dios y necesitan su curación. Jesús multiplica el pan y, además, hace posible también que sean los discípulos quienes den a todos de comer. A ellos les dio el pan multiplicado para que se los sirvieran a la gente.

La acción de Jesús es descrita con términos semejantes a los de la institución de la eucaristía: “*Él, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente*”. La orden de Jesús: “*Dadles vosotros de comer*” es como un anticipo del: “*Haced esto en memoria mía*”.

Jesús percibió la necesidad de alimento que tenían los que le seguían. Por su necesidad de alimento material les enseñó a orar: “*Danos hoy nuestro pan de cada día*” (Mt 6, 11; Lc 11,3). Pero Jesús sabe que el hombre vive no sólo de pan y ha de encontrar su alimento en hacer la voluntad del Padre; conoce otro tipo de hambre, que no puede ser saciada con el pan de cada día: el hambre de un pan que da la vida en plenitud. Por ello, en la sinagoga de Cafarnaún decía a la gente: Me buscáis porque



Carlos López Hernández

habéis comido pan hasta saciaros. Deberíais buscar más bien el alimento para una vida duradera, el que da la vida eterna (cf. Jn 6, 26.27).

La Iglesia sigue repartiendo a las gentes el pan bendecido por Jesús y transformado por el Espíritu Santo en su Cuerpo, que se entrega para la vida del mundo. Y, al darles este pan, les hace capaces de entregarse como él mismo para que pueda llegar el pan de cada día a los millones de personas que carecen de alimento, vestido, vivienda, trabajo, salud, formación y cultura. También en relación con este pan de cada día, Jesús continúa diciéndonos hoy a sus discípulos: *“Dadles vosotros de comer”*. En cada Eucaristía, Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Del Misterio eucarístico nace el servicio de la caridad para con el prójimo y la vocación de ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo. La Eucaristía nos hace constructores de la paz de Cristo para el mundo y nos obliga a hacer frente a toda violación de la justicia, de la libertad y de la vida, especialmente a la causada por la actividad moralmente perversa del terrorismo. Y la comunión en el Cuerpo de Cristo nos hace capaces de llevar a plenitud la justicia con la misericordia y el amor, también a los enemigos.